

Raúl Cremoux: la condición crítica es consustancial al periodismo

VÍCTOR NÚÑEZ JAIME

La voz es amable. “Pase por favor, el señor baja en 10 minutos”, dice una señora de delantal bicolor: blanco y naranja. Es una mañana soleada. El escritor y periodista Raúl Cremoux nos recibe en el estudio de su casa, allá por los rumbos de San Fernando. En medio de un jardín atiborrado de pasto y plantas verdes, en una atmósfera de plena tranquilidad, dentro de paredes de madera y cristal, Cremú pasa gran parte del día dedicándose a su pasión: escribir. “Me levanto, hago un poco de ejercicio, leo los diarios, escucho un poco de radio y me pongo aquí al teclado durante varias horas”, explica el autor de Comunicación en Cautiverio.

La charla comienza. En medio de decenas de libros que se encuentran a los costados del estudio, el otrora catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM comienza a hablar de sus inicios en el periodismo: “Yo pasé un desventuradísimo año en la Facultad de Ingeniería de UNAM, por confusión. Por medio de un examen, obtuve una beca y entré a la Iberoamericana.”

Vestido con un pantalón de mezclilla azul y una camisa blanca, recuerda la manera en que comenzó a entrar en contacto con gente inmiscuida en la prensa: “Entre los maestros –dice– tuve a Vicente Leñero, escritor y periodista. Me embelesó hablando de los cuadrati-

nes, de las cabezas, del interés que le podía despertar a cualquier hombre joven –que era mi caso– el hacer entrevistas, crónicas, reportajes. Y unos meses después me dio cabida en Excélsior como su asistente y después, unos tres años más tarde, llegué a tener una columna que se llamaba ‘El tercer ojo’, donde hacía yo crítica de radio y TV. Luego me fui a Europa, becado por el gobierno francés y por la Universidad Nacional. Escribía yo para dos medios mexicanos, Excélsior y Siempre! con el maestro Páges Llergo. También encontré acomodo en Le monde de París.” Esto dice Raúl Cremoux tras varios años de transmitir sus análisis, sus reflexiones. Esto dice Raúl Cremoux desde su centro de trabajo.

Al tiempo que voltea hacia la ventana, el articulista sostiene que no fue complicado ingresar a los medios de comunicación: “El mundo de aquellos tiempos era más fácil que ahora, lo digo en agravio de ustedes los jóvenes a los que les hemos heredado un mundo más difícil. No me resultó complicado. Me resultó más fácil de lo que hoy les puede resultar a ustedes, esto es cierto.”

La profesión periodística.

Una adicción a las letras

La pregunta se impone: ¿Cómo periodista cuál es su responsabilidad social?

Yo creo que se centra fundamentalmente en concebir que la condición crítica es consustancial al periodis-

mo. Tener siempre una visión crítica, anticonformista y buscar lo más cercano a lo que es la verdad y poderla externar con la responsabilidad de estar bien informado, de haber investigado y poder emitir siempre juicios críticos, analíticos, para que la sociedad en general pueda, a su vez, elaborar juicios de valor y pueda sentirse un poco orientada. Con esto hay una inmensa pretensión –aclaro, a final de cuentas, quienes escribimos, lo hacemos para ser leídos, para poder decir nuestro modo de ver el mundo y con ello tratar de colaborar con la sociedad.

Quien fuera asesor de 1974 a 1976 del secretario de Comunicaciones Eugenio Méndez, establece lo que implica ser periodista: “Para tocar diferentes temas es necesario estar leyendo, acudir a las fuentes primigenias, estudiar, consultar la prensa extranjera, en suma: crecer. Es una tarea que una vez iniciada no termina, no hay reposo, tiene uno que continuar hasta el fin y es una carrera en la que no existe jubilación. No hay manera de retirarse, primero vocacionalmente, por esa voz que llama desde dentro, y luego por necesidad.”

Cremoux ha elaborado una veintena de libros y con base en su experiencia abunda en el proceso de escritura: “Es un asunto por etapas. Para mí, en un principio, fue por vanidad: ver mi nombre impreso me resultaba casi mágico. Después, cuando uno empieza a nutrirse de otros valores, son otras las metas que uno busca. Pero conforme la vida le va dando a uno arañazos y golpes, va uno entendiendo que hay otros valores. Y después se descubre que escribir es una tarea vocacional hasta el punto que ya después no se puede vivir. Llega a ser una segunda naturaleza.”

A pesar de los obstáculos a los que ha tenido que enfrentarse, Raúl Cremoux seguirá escribiendo. Recuerda, por ejemplo, que “antes de que Fox llegara a la presidencia me desgañite en radio y televisión, en algunas entrevistas, describiendo que no votáramos por él. Lo conocía de antemano, sabía de su ineptitud, de su profunda ignorancia sobre el país, de su oportunismo,

de su deseo infinito de sobresalir a como dé lugar y su falta de formación como estadista. Y decía: si tenemos seis candidatas, elijamos a cualquiera; en fin, ¡no-voten-por-Vicente Fox! Yo sabía que venía algo como esto –y todavía no hemos visto lo peor– Y entonces me digo ¿valió la pena decirlo antes? No te escucharon, no fuiste leído, no te tomaron en cuenta y, sin embargo, es como una enfermedad, una patología el seguir escribiendo. No hay remedio.”

No hay inspiración, es transpiración

Ahí, en esa mesa de trabajo, con tres teléfonos, un fax, lápices, documentos y algunos libros, el autor de La publicidad los hará libres señala que lo que se necesita para escribir “inicialmente es tener el tema y después investigar, investigar lo más que se pueda. Y luego redactar y redactar, y pulir y pulir. No hay inspiración, es transpiración. La inspiración es tan fortuita que no tiene caso ni mencionarla. Es como si dijera que el médico tiene inspiración. No. El médico cuando ve un paciente,



Sebastián

de acuerdo con sus conocimientos hace un diagnóstico, y sobre eso empieza a trabajar. Es transpiración. Es trabajo.”

En cuanto a la libertad de expresión, y comparando los impresos con los electrónicos, el periodista asevera: “En la prensa hay mayor diversidad: encontramos escribiendo a cretinos y a genios. Esto no pasa en la TV, ahí todos son cretinos, con excepciones.”

Textos de comunicación, de política; ensayos y crónicas. Son las obras de Cremú quien expresa que de todos sus libros “el más vendido se llama Democracia en marcha, comenta mientras señala un cuadro al fondo del estudio que es un reconocimiento por las altas ventas; en tres meses –continúa– se llegaron a vender 90 mil ejemplares. Pero el que más me ha divertido es este último: Nada como el poder.” Detalla que “este es un libro resultado de la falta de empleo. El año pasado yo quería hacer más cosas pero las dificultades con el gobierno foxista no se podían y me sentía sumamente frustrado y analizaba yo mis archivos muertos (se levanta a abrir las portezuelas que están a sus espaldas) y me acorde de algunos detalles y me puse a escribir y de repente entraba mi esposa y me preguntaba por qué te estas riendo tanto y le decía por esto que estoy escribiendo.”

Con ese mismo fluido de palabras, incontenibles, matizadas unas veces por el ademán de sus manos, el escritor abunda en sus creaciones: “hice un libro que pasó desapercibido, es un libro para niños que aborda la pregunta: ¿qué hacer con la contaminación? (se dirige a su librero para buscarlo y tenerlo en las manos como para reforzar su recuerdo) es una obra en forma de revista: Ayúdame. Acciones prácticas para mejorar el medio ambiente en la Ciudad de México. Está hecho con dibujos, con secciones de ´sabias qué´. Este me gustó mucho porque me llevó a estar en contacto con investigadores del medio ambiente y esto me motivó para hacer el libro Comodidades peligrosas, donde relato cómo Mario Molina, el mexicano que obtuvo el premio Nóbel, realizó varios trabajos en torno al tema.”

La relación con el poder

¿Un privilegio de esta profesión es relacionarse con los poderosos?

Si uno quiere sí, y también con los débiles y también con los andrajosos; con lo que uno quiera, con lo que uno pueda, con lo que esté a su alcance.

¿Y se disfruta?

En algunos casos sí, en otros se puede padecer, no disfrutarlas. Por ejemplo, la relación que yo mantuve con Echeverría fue de un inmenso sacrificio. Era muy joven, me acaba de casar, yo le tenía antipatía por el 68 pero era el presidente de México y yo quería, fijese que desmedida ambición, tratar-de-cambiar-la-mentalidad-de-los-mexicanos a través de la televisión (suena el teléfono: ´permítame un segundo´; era número equivocado). Esta era la ambición desmedida. Y equivocadamente pensé que era a través del presidente de México. No estaba con mis cuates en un cafetería cambiando el mundo, no, estaba en Los Pinos o en Palacio Nacional discutiendo con él y con el gabinete.

El también colaborador de diarios del interior de la república como El Centinela y Diario de Juárez, describe la forma en que se acercó al presidente Echeverría: “A través de mis escritos. Gracias al ya fallecido maestro Eduardo Mata que me invitó a la entrega de un premio en Los Pinos. Me dijo ´quiero tomar algunas de tus tesis, ayúdame a hacer el discurso de agradecimiento.´ Y nos encerramos un par de días a hacerlo y me invitó a Los Pinos y ahí soltó su verdad y dijo que estaba amparado en muchos de mis escritos y al final Echeverría me invitó a desayunar, dijo ´quiero platicar con usted.´ Pero era fundamentalmente por lo que yo había escrito y me dediqué a hacer un proyecto, sin remuneración, hacia el presidente y los hice con compañeros y alumnos de la universidad. (vuelve a sonar el teléfono, ´nuevamente, permítame un segundo´).”

Tropelías y marrullerías

Raúl Cremoux había convivido en México con un Echeverría que se encontraba en la cúspide del poder y,

luego, se lo encontró en París como un ciudadano más, que ni siquiera dominaba el idioma. En ese momento, “yo me encuentro con él muy dolido –dice Cremoux– porque me utiliza durante meses, me da atole con el dedo, haciéndome creer que sí vendrá esa transformación y me reúno con Mario Moya y con otros funcionarios, yo pienso que las cosas caminan y no es cierto. Él me está utilizando para quitarle el tiempo a Mario Moya Palencia, que es el candidato numero uno, sobre el que está la cargada. Una vez que sale López Portillo, el 22 de septiembre del 75, ya no tengo yo acceso al presidente. Llamo y el capitán Velarde me dice que el presidente está ocupado, que el presidente está en una reunión, etcétera Y se me pierde.

“Dos años y medio después –sigue contando– lo vuelvo a ver en París, yo estoy resentido y además el ya carece de los símbolos de poder, no tiene la banda presidencial en el pecho ni están los soldados a su lado y, aunque sea momentáneamente, nos igualamos: el desciende y yo asciendo y por eso me permito el ser tan rudo con él, quizás en México no lo hubiera hecho, hoy sí, pero acababa de pasar su presidencia; sigue siendo un hombre poderoso, seguía teniendo la red roja en su casa, muchísimos de los empleados de López Portillo son de él, sigue teniendo el poder. Aquí él era un extraño, no sabía ni a que restaurante habíamos llegado, ni lo que estaba comiendo, ni lo que estaba bebiendo, ni cómo pedirlo. Con todas estas desventajas yo me crezco, me voy haciendo para arriba y él al revés se va irritando: cómo un muchachito lo va a estar fregando, lo va a estar picando.”

¿Ahora Echeverría sigue teniendo poder?

Yo creo que tiene mucho poder económico. Dicen las buenas lenguas, no las malas, sino las buenas, que es dueño de la mitad de Cuernavaca y otros negocios que tiene por ahí. Yo creo que tiene mucho dinero, pero poder político, ninguno. Fue expresidente, y por lo tanto

hay cierto cuidado para que no vaya a pasar con el actual lo que le está pasando a Echeverría: que pueda ser sometido a juicios, que le den naranjazos y tomatazos en la calle. Su poder político es nulo, él no tiene la capacidad de poner ni a un presidente municipal, nadie le haría caso.

El proyecto ignorado

Podría puntualizar en que consistía su proyecto de La ley Federal de Radio y Televisión?

Era la participación no nada más de los comerciantes sino también de otros estratos de la sociedad. Ve usted estas cuatro carpetas (señala hacia un extremo de su librero) ahí está todo el proyecto, con cuatro libros. (se levanta para mostrarlos) y se alcanza a leer: Documento presentado al licenciado Echeverría Álvarez, presidente, junio de 75. Consistía en que había que restringir, en publicidad, en programación; era muchísimo lo que había que hacer: controlar los anuncios, frecuencia de las inserciones; (está hojeando las carpetas) es muy grande, son cuatro fascículos, me puse a trabajar también en el abordamiento de la situación fiscal, la composición del sector concesionado, como estaba formado, eran muy pocos, como estaba en el territorio, quiénes eran los más importantes.

¿No ha pensado volver a trabajar en el proyecto y ahora presentárselo al nuevo gobierno?

Lo que yo tuve que hacer y decir ya lo hice. Ya pasó el tiempo, ahora hay otros, yo no tengo más que decir. Libros, artículos, la participación en distintos foros, ya no tengo más que decir en ese terreno.

¿Prepara ya un nuevo libro?

Estoy en dos al mismo tiempo. Es la necesidad. Sí se vive de escribir. O es un cuento largo o una novela corta. Ya verán de lo que se trata. Por otra parte, en el canal 40 tengo el programa Otros Ángulos, los lunes.